**¡No es la economía, estúpido!**

Por: Cristina de la Torre

Dos caminos se han abierto para enfrentar la crisis económica de Europa: el de asfixiar a la gente con recortes draconianos de ingresos y de empleo para pagar la deuda pública al sistema financiero que provocó la hecatombe (como acaban de reafirmarlo en Bruselas los líderes de la Unión Europea).

O bien, el de declarar cesación de pagos y meter en la cárcel a los banqueros y funcionarios promotores de la crisis (como lo hizo Islandia, en revolución pacífica celosamente silenciada por la prensa de Occidente). Dos caminos, con su respectivo nervio de interpretación: la mano invisible, por un lado, fatalidad de la naturaleza que subyace a la sentencia de Clinton “es la economía, estúpido”, para indicar la dinámica “inexorable” del mercado que todo lo justifica. Otros apuntan a la gula de encopetados dirigentes que disparan la deuda externa de los países con préstamos para financiar el exceso de importaciones, o con inversiones descabelladas de banqueros que se enriquecen con el dinero de la gente, o a manos de populistas manirrotos que arruinan a sus países. Angurria desatada en miseria y despojo de masas enteras, en lo que ya el derecho internacional registra como crímenes económicos contra la humanidad.

Islandia, ejemplo aleccionador, en vez de premiar a los banqueros artífices de la crisis, los está juzgando. Los que no huyeron, como Sigurdur Einarsson, quedaron entre rejas. La isla había sido literalmente saqueada por un puñado de banqueros, empresarios y políticos —informa El País de Madrid—. En su desenfreno, los activos de los bancos llegaron a ser doce veces el valor del PIB, castillo de naipes que a un pastorejo se derrumbó. Movilizado el pueblo, forzó desde las calles y por referendo la renuncia en pleno del gobierno, la nacionalización de la banca principal, la retención de todo pago a Inglaterra y Holanda y la redacción de una nueva Constitución que blindará a la nación contra los abusos del sistema financiero internacional. “Nos dijeron que si nos negábamos a (sus) condiciones nos convertirían en la Cuba del Norte (con bloqueo económico). Pero de haber aceptado, nos hubieran convertido en el Haití del Norte”, declaró su presidente.

Ya Grecia se perfilaba como ficha primera de un efecto dominó que indignados de todas partes podrían activar. Después de siete huelgas generales y en la antesala de un referendo para negarse a pagar la deuda, Grecia parecía a punto para seguir los pasos de Islandia. Entonces Merkel estigmatizó en público al primer ministro, Papandreu, hasta obligar su renuncia. Pero nada dijo del origen de la crisis en ese país: el doloso ocultamiento de la verdadera cifra de endeudamiento externo, que no era el 3,4%, sino el 12,7% del PIB. Nada hicieron aquí las fuerzas inexorables de la naturaleza y mucho, en cambio, el silencio cómplice del banco Goldman Sachs. Las penurias y los sacrificios que al pueblo griego se le impusieron desde septiembre, anunciaban la rudeza de las medidas que acompañan hoy la refundación de la Unión Europea: austeridad y control fiscal extremos, con evidente riesgo de provocar una verdadera crisis de producción; y la promesa incierta de que habrá fondos para refinanciar la deuda de sus miembros en dificultades.

Pan comido: ni democracia, ni solidaridad ni equidad. Aquí el pleito es entre deudores y acreedores, siempre empeñados éstos en vender bien sus mercaderías y en ganar también por financiar al comprador. Pero, codiciosos, se les va la mano y terminan matando a la gallina de los huevos de oro. Destaca Semana que la oposición y la prensa de todo el continente les recriminan a Merkel y Sarkozy la “falta de agallas” para enfrentar a los banqueros. La transformación de la eurozona le deja uña libre a la banca privada que, pese a la crisis, “no abandona su veneración al capitalismo salvaje